

DICIEMBRE 2025 · Nº 678

madre y maestra



El diaconado, vocación de servicio

El Hno. Gianluca Pitzolu, msc, ordenado diácono



04 La mirada del Padre Riera, msc
LA VIRTUD DEL SILENCIO

06 En familia... Chevalier
LA CERA DE LA NAVIDAD

Por: Benjamín Gandía

07 Cosas que pasan
EL PEREGRINAJE DE TU VIDA

Por: P. Joaquín Herrera, msc

08 Historias de Jaime
UN PEQUEÑO CUENTO DE NAVIDAD

Por: Jaime Ybarra

09 Con espíritu cristiano
**MINISTERIO DEL DIACONADO.
VOCACIÓN AL SERVICIO**

Por: Mn. Salvador Bacardit

11 Con corazón misionero
**“CANTARÉ ETERNAMENTE...
LA MISERICORDIA DEL SEÑOR”**

Por: Hno. Gianluca Pitzolu, msc

16 MSC EN EL MUNDO



18 De la mano de Nuestra Señora
**PROCLAMA MI ALMA
LA GRANDEZA DEL SEÑOR**

Por: P. Jaime Rosique, msc

19 Nuestra Señora del Sagrado Corazón
**SÃO GABRIEL CACHOEIRA, AMAZONAS
(BRASIL)**

20 Estampas bíblicas
DIOS SE MANIFIESTA

Por: P. José María Álvarez, msc

22 Santos de ayer, para el mundo de hoy
DICIEMBRE: EL DOLOR DE LA NAVIDAD

Por: Hno. Gianluca Pitzolu, msc

22 COMUNIDAD DE ORACIÓN

Director Madre y Maestra
Javier Trapero
comunicacion@misacores.org

Colaboradores:
Isaac Riera; José María Álvarez;
Paco Blanco; Jaime Ybarra;
Benjamín Gandía; Gianluca Pitzolu;
Mateo Díaz; Salvador Bacardit;
Joaquín Herrera; Jaime Rosique;
Leonardo Machado.

Imprime: Villena Artes Gráficas
Avda. Cardenal Herrera Oria, 242
28035 Madrid

Diseño: Eva Ferrer Diseño Gráfico

Redacción:
Misioneros del Sagrado Corazón
Avda. Pío XII, 31. 28016 Madrid
Tel.: 91 353 07 30
centrodifusion@misacores.org
www.misionerosmsc.es

Depósito legal: M-1985-1964

WEB:
www.hermandadmisionera.org/madremaestra

Suscripción:
España y Portugal: 19 €
Europa: 39 € | Resto del mundo: 48 €
• **Transferencia a:** BBVA
ES51-0182-4015-6900-0000-2035
• **Giro postal:**
Misioneros del Sagrado Corazón
Avda. Pío XII, 31. 28016 Madrid
**Por favor, en giros y transferencias
indicar siempre el remitente.**

Pásamelo por WhatsApp



«Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo».
(Gálatas 6,2)

Recuerdo que cuando era joven, si alguien contaba algo que le había pasado, que no le gustaba del todo, y era similar a otra situación que te pasaba más o menos habitualmente a ti, le decíamos: "Venga, ¿cambiamos cromos?". Era una manera de quitarle importancia y de aminorar la carga de lo sucedido compartiéndola, ya que sin contar las penas propias, le estabas haciendo ver que tú también puedes intercambiar situaciones similares como si fuesen cromos o estampitas coleccionables. Una forma de empatizar con la otra persona.

Pues bien, parece ser que el término se ha modernizado. Hace poco, me contaba un sacerdote, del que esta vez no voy a desvelar su identidad por 'secreto de confesión', que una persona que se acercó, precisamente al confesionario, le comentó que se sentía mal, que creía que debía acudir al sacramento de la reconciliación para arrepentirse por su adicción a las redes sociales. Ni corto ni perezoso, el sacerdote le contestó: "Pásamelo por WhatsApp". La misma intención tenía esta frase que aquella que decíamos en mi juventud, la de 'cambiar cromos' de situaciones personales parecidas. Una manera de decirle: "Yo también soy adicto al móvil". Imagino que la persona que estaba confesando sus faltas debió quedarse perpleja, pero aliviada. El final de la confesión lo desconozco, lógicamente el sacerdote en cuestión no me lo desveló por aquello del 'secreto profesional', pero me hizo pensar en la actitud de empatía que tuvo el confesor con esta persona. Cuántas veces necesitamos que alguien nos escuche,

nos comprenda desde nuestra fragilidad y nos haga ver que sólo Dios es perfecto.

Admiro la actitud del sacerdote.

A veces, me gustaría ser confesor. No por la otra persona, por mí. Creo que es más fácil compartir aquello que me remueve por dentro, no sólo lo que debería pasar por el examen de conciencia y el propósito de enmienda, con otra persona que se acerca con la misma actitud humilde de quien necesita una voz amiga. «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo» (Gálatas 6,2).

Qué bonito este versículo. Llevar la carga compartida, con el único fin de cumplir la ley de Cristo. La de amarse mutuamente, como Él nos amó. «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28).

Este otro versículo, espectacular. No sólo san Pablo nos anima a compartir la carga en su carta a los gálatas, sino que el mismo Jesús nos dice que nos acerquemos a Él llevando esa carga, que ya se encargará de darnos descanso. Menudo alivio.

Javier Trapero
@trapiscoplaviski

LA VIRTUD DEL SILENCIO

Hablar del silencio como una virtud moral puede parecer extraño, pero no lo es en absoluto. Desde la más lejana antigüedad, grandes pensadores, como Catón, nos dicen: "La primera virtud es frenar la lengua". Y en la Sagrada Escritura leemos: «Si alguno cree ser religioso y no refrena su lengua, se engaña, porque su religión es vana» (St 1,26).

La charlatanería es, sin duda, uno de los vicios más extendidos del mundo y se puede definir como la perversión del noble oficio de la palabra. En efecto, si la palabra tiene como fin la comunicación y el diálogo con las otras personas, la charlatanería, por el contrario, es fuente continua de imprudencias, de litigios, de superficialidades y de ofensas. “Si callas -dice Goethe- el silencio te ayudará”. Siempre necesitamos ayuda para alcanzar nuestro bien, pero no debemos buscarla fuera, sino dentro de nosotros mismos oyendo la dulce voz del silencio, controlando nuestra lengua y el bullicio de nuestra imaginación. Y el silencio ha de aplicarse a las tres dimensiones de nuestra persona: hacia uno mismo, hacia los otros y hacia Dios.

El silencio hacia uno mismo.

- Es la condición necesaria para la reflexión profunda sobre las cosas. Los ruidos, la charlatanería, el bullicio nos impiden reflexionar sobre lo más importante haciéndonos vivir en la superficialidad.
- Saber escuchar es mejor que hablar. “La naturaleza nos ha dado dos oídos y una sola boca, para enseñarnos que vale más oír que hablar” (Zenón de Elea). Sabia sentencia a tener en cuenta, porque nos cuesta mucho escuchar a nuestro prójimo para entender bien lo que dice.
- El silencio es la retirada del mundo, una de cuyas características es el ruido, que se produce tanto fuera como dentro de nosotros mismos. Y hoy tenemos el ruido mundano en nuestro mismo hogar a través de las redes sociales.
- El silencio nos aleja del hervidero de las pasiones humanas, que se produce especialmente a través del veneno de las palabras. Los odios, los insultos, las agresiones, las mentiras utilizan siempre este medio.
- El silencio nos proporciona la paz interior que tanto necesitamos, porque es la verdadera paz. Por eso, las personas de alma religiosa buscan periódicamente la soledad y el retiro para su bien espiritual.
- Y el silencio nos hace llegar a la raíz de las palabras, que salen de nuestros labios con densidad de contenido y de sentimiento. No se trata de hablar bien, sino de comunicar al otro lo que siente nuestro corazón.

El silencio hacia los otros.

- El silencio procura evitar las discusiones con nuestro prójimo para solucionar los problemas, a

El silencio ha de aplicarse a las tres dimensiones de nuestra persona: hacia uno mismo, hacia los otros y hacia Dios.

sabiendas de que muy rara vez se consigue la luz cuando discutimos; al contrario, es la verdad la que sucumbe en los enfrentamientos.

- El silencio no responde con insultos a los insultos de nuestro prójimo, pues esta reacción nos pone a su mismo nivel: el silencio caritativo es muy importante, pues la caridad cristiana se demuestra también en el buen uso de la palabra.
- El silencio nos hace reprimir la ira cuando nos sentimos ofendidos, pues causan más daño las palabras que decimos ofuscados por la pasión, que la misma ofensa recibida; así se cumple lo que pedimos en el Padrenuestro.
- El silencio es la virtud de la paciencia cristiana, que consiste en llevar nuestra Cruz a semejanza de Cristo. Es cierto que nuestros sufrimientos tienen diversas fuentes, pero la mayoría de ellos nos vienen por las malas palabras de nuestro prójimo.
- El silencio caritativo es una actitud fundamental en la buena convivencia. Consiste en no comentar ni criticar los defectos que vemos en los que componen una comunidad, sino callarnos para no fomentar el gran mal que causa la lengua.
- El silencio nos evita comunicar nuestros secretos, ni siquiera a los amigos, pues como dice una sabia sentencia: “Cada uno es dueño de lo que se calla, pero esclavo de lo que dice”. Es un importante ejercicio de prudencia.
- El silencio nos hace ser amables en el trato con nuestro prójimo, reprimiendo las palabras que tienden a salir de nuestro malhumor. Como dice la Sagrada Escritura, “en el mucho hablar no faltará pecado” (Prov. XI, 10).

El silencio hacia Dios.

- Dios nunca nos habla cuando estamos sumergidos en el ruido o la agitación, sino que su voz la escuchamos en el silencio exterior e interior. Dice el Señor: “Te llevaré a la soledad y el silencio, y allí hablaré a tu corazón” (Sab 5,10).
- Como dice S. Agustín, “Dios es más íntimo que nuestra propia intimidad”. Él está, no fuera, sino dentro de nosotros mismos, en lo más profundo de nuestro ser. Y es en el silencio donde se abre nuestra intimidad para descubrir a Dios.
- El silencio es el ámbito de nuestra oración personal, más necesaria que la oración colectiva. Todas las almas santas, sin excepción, han logrado su transformación interior pasando muchas horas en silencio ante el Sagrario; es aquí donde hablan al Señor y el Señor les habla.
- Y, en fin, cuando confesamos nuestros pecados en voz alta, decimos a Dios: “He pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión”. Los pecados de la lengua van antes que los pecados de las malas acciones y omisiones.

La cera de la Navidad

Por: Benjamín Gandía.



Desde tiempos inmemoriales, nuestros ancestros descubrieron muchas realidades que hoy en día continuamos teniendo presentes. De entre todas ellas habría que destacar la observación rotativa del ciclo de la vida en función de la proximidad entre la Tierra y el Sol. Dicha observación los llevó a la conclusión que después de un triste tiempo de oscuridad empezaban a aumentar las horas de luz. Horas de luz que de nuevo llevarían a cabo el renacimiento de las plantas que aparentemente parecían muertas. Volverían a brotar con fuerza y volverían a sacar las maravillosas y perfumadas flores que mostraban el nacimiento de la vida.

Pasado el tiempo, las flores se convertirían en succulentos y apetitosos frutos que calmarían la sed y el hambre cuando llegaran los peores momentos del calor. Más tarde observaron, que pronto acudían las abejas y continuaron descubriendo que además de polinizar las flores, las abejas, también les proporcionaban otros elementos como la miel y la cera. De la miel obtenían las propiedades preventivas y curativas y de la cera mantener y transportar la luz a sus cuevas. ¡Qué maravilla! ¡Transportar la luz e iluminar cualquier lugar! Y así ha sido cómo la cera generada por las laboriosas abejas se convirtió en ese elemento importante, para mantener y transportar la luz que el ser humano necesita para su vida. Y digo que es importante porque... ¿Qué sería de la persona sin la luz? La luz nos da vida y alegría; sin luz sólo tenemos una tristeza que desemboca en la muerte. Hace poco más de 2000 años, nació en Belén un personaje del todo singular, que, sin haber sido un sabio como Sócrates, ni un conquistador como Alejandro, sus palabras tienen una pervivencia que no tienen las del primero y sus conquistas son más grandes y firmes que las del segundo. Este personaje, llamado Jesús de Nazaret, se convirtió en la nueva luz de la vida, la luz del faro con el que guiarse, un

faro que quiere llevarte a esa Vida Eterna que desde hace mucho ya intuían nuestros antepasados. Pero... ¿Qué sería de la luz sin la cera? ¿Cómo transportaríamos la luz? Esta nueva luz se quiso valer de una cera muy especial, una cera más pura que la cera virgen de las abejas, una cera virgen personificada en una joven especial llamada María, cuyo nombre hebreo significa 'la elegida de Dios'. Y es que, si María fue la cera virgen elegida por Dios para llevar la verdadera luz de la vida, hoy quiero invitarte a que descubras todas las cualidades que emanan de esa cera. Unas cualidades de amor inagotables que te harán ver la luz de su hijo cada día de tu vida, una luz que no se apaga nunca. Por lo tanto, la mejor forma de acercarte a la luz de Jesús es agarrándote a la cera virgen de María. María es la mejor maestra que puedas tener. La maestra que te mostrará la humildad de creer en la única luz que te puede mostrar lo que oculta la oscuridad. Una luz que te mostrará la fraternidad que ha de darse entre las personas. Jesús quiere que quites el velo de la oscuridad de tu vida y puedas ver, con tus defectos y tus virtudes, la luz que te mostrará su amor gratuito e infinito. Un amor que te ha preparado una Vida Eterna junto con Él. Y lo único que quiere a cambio es que te lo creas. Que creas con ese amor gratuito e infinito que brota del Corazón de Jesús. Porque si realmente te lo crees, también te enamorarás de Él. Yo te invito a que seas como una abeja, capaz de segregar desde tu interior la cera necesaria para poder ir mostrando la luz a todo aquel que tengas cerca. Una luz que pueda iluminar el verdadero Camino, que te muestre la Verdad de tu existencia para descubrir el amor que te guiará a la Vida Eterna. Te deseo que un año más celebres una Feliz Navidad rodeado de tus familiares y amigos.

*Madre nuestra, portadora de amor y de paz,
Tú que llevaste en tu vientre la luz de la vida,
ayúdame a ser cera para llevar la luz de Jesús.*

Cada mes, los Laicos MSC, te proponen un tema para hacerte pensar. Puedes enviar tu reflexión a:
Avda. Pío XII, 31. 28016 Madrid
o correo electrónico: asociacion@misacores.org.

El peregrinaje de tu vida

Por: P. Joaquín Herrera, msc



“A nivel nacional ha bajado considerablemente la capacidad de comprensión de la lectura”. No se puede negar que a mucha prensa le encanta las noticias con cierto sabor ‘negativista’. Pero, ¿es cierto? Lo importante de la lectura es captar lo que se quiere decir, percibir el mensaje que se quiere dar y eso más allá de los múltiples estilos literarios personales, culturales, populares, académicos, filosóficos, teológicos, científicos, poéticos con que se transmite el contenido. En breves palabras: “lo importante no es el contenedor sino el contenido”, ni es el vaso, la botella, la jarra... lo que de veras importa es el contenido, lo que va dentro del modo expositor, lo que se quiere manifestar y ofrecer al interlocutor. No es el cómo, sino el qué del mensaje. Y eso exige una actitud de búsqueda y crítica ante la enormidad de comunicaciones constantes, de ‘danas’ culturales a las que estamos sometidos en todos los ambientes.

Sí, yo quiero hablar de un grupo de personas honestas y justas, deseosas de hallar un sentido convincente de la vida; capaces de despojarse de pesos adquiridos, de ideologías, del yo, de aquello que no llena plenamente el existir humano y encuentran un signo, una

señal de cualquier clase que perciben puede conducirlos al objetivo existencial que anhelan, y deciden indagar más a fondo sobre el qué del signo y se lanzan a descubrirlo no importando el esfuerzo, la incomodidad, el sacrificio, el tiempo, los cambios a experimentar. ¿Cómo lo manifestarías tú en tu comunicación a otros de otras culturas?

Si además de un tiempo feliz en el esfuerzo de captar el significado del signo, con las renunciadas efectuadas, llegase el momento de que el signo se esfuma, desaparece y la duda más profunda entra en el interior de esas personas, ¿Qué harías tú? Esa experiencia se vive con frecuencia. La hemos vivido muchos de nosotros. Suponte que ese grupo de personas en su desconcierto, en sus dudas no se dan por vencidos y ponen en práctica una actitud humana: pedir consejo, y pedirlo a personas competentes, versadas en el asunto de su búsqueda. Y lo hacen no para ver si los consultados se siente atraídos y los acompañan, no. Saben que la búsqueda es asunto personal y que cada uno es responsable de su vida. Aconsejados y sin haber perdido la esperanza se reencuentran con el signo y continúan la búsqueda hasta alcanzarla. Y de ahí, ‘por otro camino’, con otro modo de vida, regresan a su país para anunciar el resultado de su búsqueda. ¿Cómo comentarías esta experiencia a los demás?

Hace años, muchos años, un escritor llamado Mateo se encontró con un grupo de personas que vivieron la profundidad esta experiencia que la mayoría estamos viviendo. Muchos seres humanos han abandonado en el momento de la oscuridad y otros, más de los que pensamos, lo han seguido y lo siguen en la actualidad y siguen reconociendo y ofreciendo sus dones al hombre (mirra), a Dios (incienso) y al Señor (oro) y en sus caminos de post-descubrimiento anuncian con su vida el sentido de su existir centrado en Jesús. Lee Mt 2,1-12, piensa no en el cómo sino en el mensaje, en el qué. Te invito a vivir el qué que vivieron ellos. ¿Por qué no haces la lucha y escribes el peregrinaje de tu vida?

Un pequeño cuento de Navidad

Por: Jaime Ybarra



Preguntaba el hoy al ayer el porqué, al finalizar el día, se había oscurecido hasta llegar a hacerse de noche.

El ayer le contestaba que lo que había hecho era taparse los ojos para no ver su participación en el pasar de los tiempos.

El hoy quedó tan satisfecho con la respuesta que se dijo a sí mismo que empezaría a obrar de la misma manera para no sentirse participe en ese transcurrir de los tiempos.

Así, el hoy y el ayer, cubriéndose los ojos, decidieron que fuera el mañana quien cargara con el sentimiento del discurrir de los tiempos.

No contaban ninguno de los dos que el mañana, tan ducho en estar sobre aviso de lo que acontece antes que él, ya había tomado buena nota de esa especie del juego de 'la gallinita ciega' iniciado por el ayer y el hoy y, a su vez, ya había ocultado con sus manos la vista, para no sentirse como el único participe a quien achacar el fluir de los tiempos.

Llegó el día en el que un amanecer, para engrandecerse tras la penumbra de la noche, llenó los cielos de esa luz especial con la que alumbran los parabienes y las congratulaciones. Le pusieron a ese día número y nombre para que perdurase.

Le pusieron 25 y de nombre Diciembre.

- ¿Quién es este día que ha venido a perturbar nuestro juego del 'pío, pío, que yo no he sido' y se atreve a descubrir sus ojos? ¿Es que acaso quiere asumir ese reto del paso del tiempo? Se preguntaban malhumorados los ayeres, los hoy y los mañanas.

No se daban cuenta de que '25 Diciembre', al abrir sus ojos, había sido el primero de todos los días en observar cómo un niño, con la sola presencia de su nacimiento, empezaba a ofrecer el tiempo de la eternidad.

Y '25 Diciembre', erigiéndose en anunciador de esa buena nueva, les dijo a los ayeres, los hoy y los mañanas.

- ¡No tengáis miedo! Abrir bien los ojos. Dejad que pasen por delante de ellos los días y las noches. ¡Ha nacido la promesa de un tiempo de vida eterna!

- ¡Ha nacido el Niño Dios!

Al oír esta promesa, los ayeres, los hoy y los mañanas; volvieron a asumir su papel en el paso del tiempo y se saludaban amistosos dándose las buenas noches y los buenos días.

No me quiero despedir poniendo fin a este pequeño cuento de Navidad, sin desearos la misma felicidad que descubrió '25 Diciembre'.

¡¡¡FELIZ NAVIDAD!!!



Ministerio del Diaconado

Vocación al servicio

Por: Mn. Salvador Bacardit.

El diácono es una figura que vemos generalmente en el altar y asociamos como ayudante del sacerdote. Es una visión pobre y muy antigua que, afortunadamente, difiere de la realidad. Los diáconos cumplen una función propia de servicio a la comunidad, como nos explica Mn. Salvador Bacardit, rector del Seminario Conciliar de Barcelona.

Desde los inicios del cristianismo, en las primeras comunidades cristianas, algunos de sus miembros ejercían el diaconado como la mejor forma de cumplir la misión de servir a los hermanos, especialmente a los más necesitados.

Las raíces. La vocación al servicio se fundamenta en la actitud del propio maestro, Jesús de Nazaret, que no vino «a ser servido, sino a servir» (Mt 20,28), como Él mismo nos dijo.

Todos sus seguidores pues, si queremos ser fieles a sus enseñanzas, debemos hacernos servidores de los demás y no desear que nos sirvan, puesto que «el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor» (Mt 20,26). Pero los diáconos cumplen este encargo de una forma más específica.

Camino o fin. A lo largo de la historia de la Iglesia, el diaconado ha quedado constituido como primer grado del sacramento del Orden. Los dos grados siguientes son el sacerdocio y el episcopado. El sacramento del Orden imprime carácter, es decir, se mantiene hasta la muerte.



Los seminaristas que se preparan para el sacerdocio diocesano o los candidatos al Orden sacerdotal en congregaciones religiosas, cuando son ordenados diáconos lo hacen de una forma transitoria, es decir, como paso previo al sacerdocio. No obstante, en este paso, entre otras cosas, se comprometen ya al celibato, como expresión de su consagración plena al servicio de la Iglesia y de los más pobres.

Mucho que hacer. Los que reciben el diaconado de una forma permanente son aquellos laicos, en muchos casos profesionales y padres de familia, que se comprometen a servir a la Iglesia realizando distintas actividades en los diversos campos de la pastoral, como la proclamación del Evangelio o la predicación, catequesis, acción caritativa, administración de los sacramentos del bautismo o matrimonio, pastoral de la salud, celebraciones litúrgicas de la Palabra y responsos o despedidas de difuntos. También a algunos se les confían responsabilidades diocesanas, como coordinadores de delegaciones o secretariados.

En los oficios litúrgicos, los diáconos usan la dalmática, como ornamento propio, y la estola cruzada. A diferencia de los sacerdotes que usan la casulla y la estola normal.

Servir. El diaconado, transitorio o permanente, como toda vocación, es un don de Dios al servicio de la Iglesia y, como todo don, debe ser acogido y desarrollado, no como simples ayudantes de los sacerdotes, sino como un ministerio propio de servicio al estilo de Jesús.

Un poco de historia

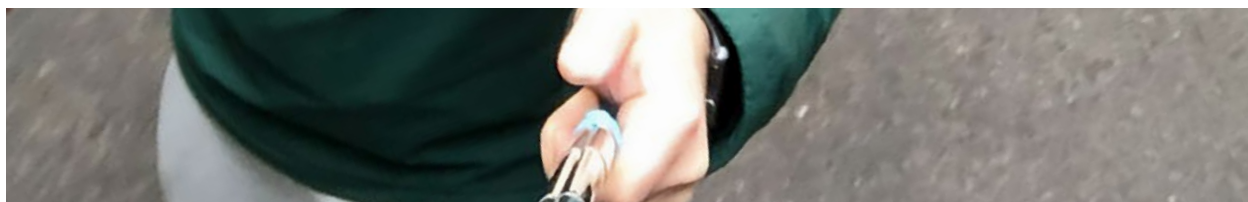
El diaconado tiene sus orígenes en los primeros momentos del naciente cristianismo y de la Iglesia. En los Hechos de los Apóstoles se relata la elección de siete hombres para el servicio de las mesas y la atención a los necesitados: así nació el ministerio diaconal. En los siglos I y II, los diáconos aparecen junto a obispos y presbíteros como colaboradores esenciales, especialmente en la caridad y la liturgia. San Ignacio de Antioquía dice de ellos que son imagen viva de Cristo servidor. Durante los siglos III al V, el diaconado tuvo gran relevancia. Algunos diáconos ocuparon cargos de gobierno e incluso llegaron a ser papas. El primero de ellos fue San León I el Magno, en el siglo V. San Lorenzo (225-258) es el patrono de los diáconos. Fue diácono en la Iglesia primitiva de Roma, uno de los siete diáconos de la ciudad, un cargo de mucha responsabilidad puesto que administraba los bienes de la Iglesia. Se encargaba también de cuidar de los pobres y los necesitados. Cuando el emperador Valeriano ordenó que se entregaran todas las riquezas de la Iglesia, san Lorenzo decidió dárselas a los pobres y enfermos. Por desobedecer este mandato, fue martirizado. Poco a poco, el diaconado fue cayendo en desuso y se convirtió simplemente en la etapa previa al sacerdocio. En la Edad Media, prácticamente desapareció. En el Concilio de Trento se puso en valor, pero no llegó a restaurarse. El Concilio Vaticano II recuperó el diaconado permanente dándole, de nuevo, el valor de grado propio del Orden, otorgándole el servicio de la Palabra, la liturgia y la caridad. Hombres casados y célibes pueden recibir la ordenación. Hoy, muchos diáconos permanentes sirven en comunidades por todo el mundo. Realizan una función de entrega y servicio que muestra la verdadera función de la Iglesia.



“Cantaré eternamente...”

...la misericordia del Señor”

Por: Hno. Gianluca Pitzolu, msc.



El Hno. Gianluca Pitzolu, msc, ha celebrado sus votos perpetuos como Misionero del Sagrado Corazón y se ha ordenado diácono. En este artículo nos cuenta su vida vocacional, sus pensamientos y sentimientos más profundos que, seguro, te van a conmover.

“Cantaré eternamente la misericordia del Señor”. Este versículo del Salmo 89 expresa, quizá mejor que ningún otro, el hilo conductor de mi historia vocacional. Porque mi vida, desde que dije aquel “aquí estoy” al Señor, se ha convertido en un canto, no sólo de notas y melodías, sino de gratitud y entrega, de confianza y misericordia.

Un din 'don'. La música fue el primer lenguaje con el que Dios me habló. En ella descubrí algo que no podía explicar con palabras, un eco profundo que tocaba mi alma y me hacía presentir que la belleza tenía un origen más alto. Lo experimentaba escuchando a Wagner o en la sencillez del 'Adoro Te Devote'. En esas armonías, Dios me invitaba a escuchar su voz, aunque al principio, como Samuel, no sabía distinguirla. Mi vida giraba en torno a la música: estudiaba en el conservatorio, dirigía coros, daba clases... Era, como suelo decir, 'el clásico católico de domingo': bautismo, comunión, confirmación y misa dominical. Hasta que un día, mi párroco me preguntó directamente si había pensado en ser sacerdote. No supe qué responder, pero esa pregunta se quedó resonando en mi interior, como una nota que no cesa hasta que encuentra su resolución.

La música fue el primer lenguaje con el que Dios me habló. En ella descubrí algo que no podía explicar con palabras, un eco profundo que tocaba mi alma y me hacía presentir que la belleza tenía un origen más alto.

Fue el comienzo de un camino nuevo. A través de un sacerdote brasileño, enviado a Roma a estudiar por un obispo Misionero del Sagrado Corazón, conocí el carisma MSC. Al leer nuestras Constituciones, me conmovió una frase que lo resume todo: “Vivimos en comunidad fraterna, la fe en el amor compasivo del Señor; al mismo tiempo somos enviados al mundo a proclamar la buena noticia del amor y la bondad de Dios nuestro Salvador y a dar, con toda nuestra vida, testimonio de Él.” Esa frase me tocó profundamente, porque antes de sentirme enviado, me había sentido amado. Había experimentado el

amor compasivo de Dios: un amor que cura, que salva, que devuelve la paz y la alegría. Y comprendí, que mi vocación no era otra cosa que dar testimonio de ese amor con toda mi vida.

Los ejemplos. También me enamoré de algunas figuras de nuestra familia misionera: Mons. Enrique Verius, con su entrega sin reservas a las misiones; el P. Giovanni Genocchi, animador de una gran época cultural romana y precursor de la renovación católica; los Beatos Mártires MSC de Canet de Mar y los de El Quiché, testigos de un amor más fuerte que el miedo. Pero, sobre todo, me cautivó el P. Julio Chevalier, nuestro fundador, con su pasión por la Iglesia y su deseo de sanar una humanidad herida a través de la devoción al Sagrado Corazón. Su confianza inquebrantable en Dios en los tiempos difíciles y su ternura hacia la Virgen María me mostraron que el amor del Corazón de Jesús no es una idea piadosa, sino una fuerza viva que transforma.

En todas partes. En estos años de formación, he vivido en Roma, Santiago de los Caballeros, Florencia, Valladolid y Barcelona. Cada lugar, cada comunidad, ha sido una escuela de fe y de humanidad. Los traslados, aunque exigentes, me han enseñado que la misión no tiene fronteras y que el amor de Cristo se hace carne en cada pueblo, en cada cultura, en cada historia. Mi familia no lo tuvo fácil al principio. Mi decisión les sorprendió, incluso les costó aceptarla. Pero el tiempo, la oración y el amor han hecho su trabajo. Verlos conmovidos durante las celebraciones de mis votos perpetuos y de mi ordenación diaconal ha sido uno de los mayores regalos de Dios: la confirmación de que la gracia sana y une, incluso donde antes hubo distancia o miedo.

En este camino, uno de los espacios más hermosos que el Señor me ha regalado es el grupo joven de Barcelona. Son una 'pasada', como





decimos aquí. Con ellos estamos construyendo una 'comunidad de llamados', porque todos, antes que nada, somos amados y, por eso mismo, llamados. No se trata sólo de reunirnos o animar celebraciones, sino de caminar juntos, como los primeros cristianos, compartiendo la fe en el amor de Dios y la misión de ayudar a otros jóvenes a descubrirlo. Este grupo ha sido para mí un espejo donde he visto reflejada la frescura del Evangelio y la alegría de servir juntos.

Siempre alegre. Quizá por eso, tengo una gran devoción a san Felipe Neri, el santo de la alegría y del corazón desbordante. Me gusta recordar una de sus anécdotas más célebres: cuando un joven muy piadoso le preguntó qué debía hacer para llegar a ser santo, Felipe le respondió con una sonrisa: “Empieza por no ser tan serio.” Esa respuesta tan sencilla encierra toda una teología del humor cristiano. Él sabía que la santidad sin alegría se vuelve amarga y que el Evangelio se predica mejor con una sonrisa que con un ceño fruncido. Y pienso de nuevo en nuestras Constituciones, que definen de forma bellísima el espíritu del misionero del Sagrado Corazón: “El nuestro es un espíritu de familia y de fraternidad, hecho de bondad y comprensión, de compasión y perdón mutuo, de delicadeza, humildad y sencillez, de hospitalidad y sentido del humor”. Me encanta ese final: sentido del humor. Porque en la vida religiosa y en la fe en general, el humor no es superficialidad, sino humildad: es reírse un poco de uno mismo para dejar espacio a la gracia. Es la sonrisa de quien sabe que todo depende de Dios y que, aun con nuestras torpezas, Él sigue escribiendo historias hermosas. San Felipe Neri habría estado de acuerdo.

Se vio la luz. No todo ha sido fácil. Ha habido momentos de oscuridad, de duda, de soledad. Pero hoy doy gracias a Dios por cada una de esas etapas, porque han sido parte del proceso de maduración y purificación de mi vocación. El Señor ha hecho de mis heridas lugares de encuentro con su misericordia. El 17 de octubre de 2025, al pronunciar mis votos perpetuos como Misionero del Sagrado Corazón, sentí que mi vida se sellaba para siempre en el amor de Cristo. Y el 18 de octubre, al

ser ordenado diácono, entendí que el servicio es el otro nombre del amor. Durante la celebración, al tomar la palabra, sólo podía decir “gracias”. Gracias al Señor que ha confiado en mis manos vacías y ha pronunciado sobre mí esa palabra que transforma toda vida: “Sígueme”.

Hay una frase que siempre me acompaña: “Dios cumple siempre, pero no nuestros deseos, sino sus promesas”. Él ha cumplido sus promesas en mí. En la profesión perpetua, su promesa de felicidad; en el diaconado, su promesa de amor, que se hace concreta en el ministerio diaconal, en el servicio humilde a los hermanos, en la alegría de ser instrumento de su ternura.

Cantar por siempre. Ser diácono para mí significa hacer visible la misericordia de Dios allí donde la vida duele. Es aprender cada día que servir no es hacer cosas, sino amar con gestos concretos. Es estar disponible, escuchar, acoger, acompañar. Es recordar, como decía el P. Chevalier, que “el misionero del Sagrado Corazón lleva esperanza donde otros sólo ven desesperanza”.

Miro hacia el futuro con el corazón lleno de gratitud y esperanza. El sacerdocio será el paso siguiente y lo espero no como una



meta, sino como un nuevo comienzo: la posibilidad de seguir siendo signo del Corazón de Cristo en el mundo.

A quienes me preguntan por qué he elegido este camino, sólo puedo responder que no lo he elegido yo: me ha elegido Él. Y si hoy canto, es porque he experimentado que la misericordia de Dios no tiene fin. Por eso, con toda mi vida, quiero seguir repitiendo: “Misericordias Domini in aeternum cantabo” / “Cantaré eternamente la misericordia del Señor”.

MSC EN EL MUNDO

A . M . E . T . U . R

SERINYA-GIRONA

Peregrinación al lugar donde fueron martirizados los Beatos de Canet de Mar

El sábado 8 de noviembre, a las 8:30 h., partimos en autobús desde el Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Barcelona rumbo a Serinyà. Más que un simple viaje, fue una oportunidad para compartir camino, fe y comunidad. Durante el trayecto, entre cantos, conversaciones y alguna cabezada (inevitable a esas horas), el ambiente fue alegre y familiar. Alguien bromeó preguntando si el primer milagro del día sería encontrar una buena parada para el café y las risas no tardaron en llenar el autobús.

A las 11:00 h., llegamos a la capilla, donde nos esperaba mucha gente de los pueblos cercanos. El recibimiento fue cálido y sencillo, como sólo saben hacerlo las comunidades que viven la fe con corazón abierto.

La misa, presidida por el P. Paco Blanco, msc, comenzó a las 11:30 h. En su homilía recordó que los Beatos Mártires MSC de Canet de Mar siguen siendo ejemplo de vida evangélica e invitó a ser testigos



-del griego 'martyría', testimonio- de Cristo en medio de nuestra sociedad. Ser testigo, explicó, no consiste sólo en hablar de Jesús, sino en vivir con coherencia, alegría y servicio nuestra dignidad bautismal. Antes de terminar la Eucaristía y rezar la oración de los mártires, intervino Miguel Cuenca i Vallmajó, concejal de Cultura, Patrimonio Cultural y Fiestas

del Ayuntamiento de Banyoles, quien agradeció la presencia de todos y destacó la importancia de mantener viva la memoria de los mártires y lo que ellos representan.

Hágase Group Music acompañó la celebración con su música, ayudando a rezar y a vivir la misa con alegría y profundidad. Esta peregrinación marca el inicio de las actividades

que nos prepararán para celebrar, en 2026, el 90º aniversario del martirio de nuestros hermanos Misioneros del Sagrado Corazón. De regreso a Barcelona, alguien comentó entre risas: "Si todas las peregrinaciones son así, que nos apunten ya para la próxima". Pues bien, la próxima será el sábado 7 de noviembre de 2026. ¡No te la pierdas!

Hace 160 años, el 8 de diciembre de 1865, comienzan los Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

BARCELONA

¡Viva Cristo Rey!, nuevo álbum musical del grupo MSC, Hágase Group Music

Mi nombre es Mateo Díaz, productor musical del álbum ¡Viva Cristo Rey! de Hágase Group Music. Me siento muy feliz y agradecido por haber tenido la oportunidad de crear la música de este álbum, estrenado el 6 de noviembre en honor a los Beatos Mártires de Canet de Mar.

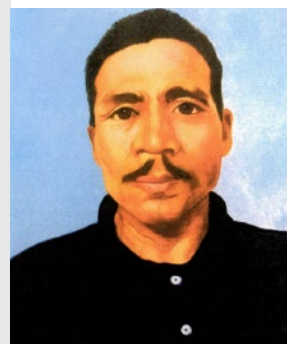
“¡Viva Cristo Rey!” fueron sus palabras antes de ir a la casa del Padre y este proyecto es un homenaje a su entrega, por amor a Cristo y a los demás. Conocer su historia me impresionó profundamente. Jóvenes de 20 a 28 años, sacerdotes y hermanos coadjutores, que, en plena persecución, no renunciaron a Dios ni a su servicio a los niños y jóvenes. Al pro-



ducir este álbum busqué abrir un espacio de oración y contemplación, donde su testimonio resuene en nuestra vida y nos inspire a seguir al Señor con valentía. La música combina piano, cuerdas, guitarras y silencio, evocando la fidelidad y la entrega de los mártires. Me siento feliz por co-

laborar con los Misioneros del Sagrado Corazón y de que este álbum pueda llevar paz y admiración por el ejemplo de los mártires. Gracias a todos los que hicieron posible este proyecto y, sobre todo, al Señor. Que el grito “¡Viva Cristo Rey!” resuene siempre en nuestra vida.

UN MSC UNIVERSAL



Nicolás Castro
Mártir Laico MSC

Nació en Uspantán, El Quiché (Guatemala). Catequista, ministro extraordinario de la comunión, promotor de salud y cooperativista. Al prohibirse las reuniones en oratorios y capillas, él propuso reunirse en la montaña o de noche en las casas. Decía que la fortaleza sólo se podría sacar de la Eucaristía. Llevaba en su morral, entre tortilla y tortilla, el Santísimo para que su gente pudiera comulgar, exponiendo su vida. Era consciente de que lo iban a matar y no dejó de hacerlo. Fue asesinado por ello.

Preparémonos a recibir el gran don de su llegada a nosotros. Él será nuestra luz, nuestra fuerza, nuestra ayuda.

Julio Chevalier, Méditations I, 25.



Conoce más sobre nosotros y nuestra labor en:
WWW.MISIONEROSMSC.ES

Avda. Pío XII, 29. 28016 Madrid
91 353 07 20 | centrodifusion@misacores.org



Las palabras de María (III)

Proclama mi alma la grandeza del Señor

Por: P. Jaime Rosique, msc



Lo rezamos constantemente en el Rosario, lo rezamos todos los días: “Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres”.

María es el mejor ejemplo que podemos tener de humildad y, además, una humildad sana, bien entendida. Porque, a veces, creemos que humildad es rebajarse, pensar que somos menos de lo que somos, es no reconocer nuestros talentos. La humildad no es eso, la humildad de María, la humildad que abre el corazón de Dios no es ésta. La humildad de María y la que quiere Dios de nosotros no es negar nuestros talentos, nuestros dones, nuestras habilidades, sino reconocer de quién vienen y ponerlos en práctica, para el bien de los demás. Fijaos que es eso mismo lo que hace María, reconoce lo que el Señor ha hecho por Ella y en Ella, y es por esas cosas que se alegra. Reconoce que la fuente de su alegría es lo que hace Dios por Ella. Es eso lo que la hace bienaventurada.

No quiero cansaros mucho yendo al detalle del canto, pero permitidme compartir dos detalles que me llaman la atención: Lo primero son las numerosas referencias a la misericordia de Dios, ver cómo ensalza a los humildes y humilla a los soberbios. De nuevo el ensalzamiento de los humildes y la humillación de los soberbios. La otra cosa que me llama la atención de este canto es la frase: «Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen» (Lc 1,49-50). Después de esa frase continúa dando ejemplos en los que Dios ensalza a los humildes y humilla a los soberbios. Esta frase: «Santo es su nombre» me recuerda mucho a otra frase que

En este tercer artículo de la serie sobre las palabras de María, el Evangelio nos lleva a la casa de Isabel y Zacarías. Dejamos Nazaret y viajamos con María a visitar a «aquella que llamaban estéril» (Lc 1,36), embarazada de seis meses. Es ahí donde escuchamos o leemos la tercera palabra o tercer momento que aparece hablando María en los Evangelios. Es el texto más largo que se le atribuye y se suele rezar por sacerdotes y religiosos en la liturgia de las horas, cada día, cuando se rezan las vísperas. Se trata del Magníficat, que es la primera palabra en la traducción latina que dice la Virgen: «Magnificat anima mea» -‘Proclama mi alma la grandeza del Señor’- (Lc 1,46). Este canto de exaltación a la humildad, que brota del corazón agradecido de María en su encuentro con su prima santa Isabel, demuestra que Dios no miente y siempre cumple sus promesas. María es el ejemplo de una promesa cumplida de su hijo: «Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (Lucas 14,11). María se humilló hasta el punto de llamarse a sí misma esclava del Señor, como vimos el mes pasado, y eso le permite a Dios actuar en Ella, hacer grandes obras y, por eso, será ensalzada y todas las generaciones desde ese momento la llamamos bienaventurada.

rezamos en el Padre Nuestro: “Santificado sea tu nombre”.

Si pensamos un poco, quizás María nos da una pista de qué significa pedir que el nombre de Dios sea santificado. Quizás estamos pidiendo que el nombre de Dios se reconozca como santo en nuestra vida, como lo fue en la vida de María. Santificado sea tu nombre, ¿no querrá decir que nosotros, con nuestro ejemplo y testimonio de vida, debemos transmitir la Santidad de Dios mostrando su misericordia, siendo nosotros a su vez misericordiosos y mostrándonos humildes y ensalzando a los que lo son? ¿Cuántas veces pisoteamos a los humildes, a los que no se quejan, a los que están

por debajo y, sin embargo, nos acobardamos ante los poderosos, ante los príncipes de este mundo? En cambio, Jesús se mostró misericordioso con los humildes, con los que se sentían pecadores, y expulsó del templo a las autoridades, a los soberbios: se enfrentó a ellos, los llamó hipócritas, sepulcros blanqueados... reprende a sus discípulos cuando discuten por quedarse con los mejores puestos, les da un ejemplo de servicio y de humildad lavándoles los pies... Pidamos pues hoy a María que nos ayude y enseñe a ser humildes, como enseñó a su hijo, para que reconozcamos la grandeza de Dios en las cosas que ha hecho por nosotros, por nuestros seres queridos, por todo lo que nos ha dado y que, con nuestra alegría, con nuestro ejemplo y testimonio de vida, de caridad con los demás, todos sepan reconocer a Dios. Señor, que podamos decir con nuestra vida, no sólo con nuestros labios: “Santificado sea tu nombre”.

Asociación de
Nuestra Señora
del Sagrado Corazón

São Gabriel Cachoeira, Amazonas (Brasil)

Esta imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón la ha creado nuestro Hermano Leonardo Machado de Araujo, msc, de la Provincia de São Paulo, en Brasil. Se ha inspirado en la cultura amazónica y le ha dado a la Virgen y al niño los rasgos indígenas típicos de las mujeres y los niños de la región del Amazonas.

El Hermano Leonardo reside en la comunidad MSC de São Gabriel Cachoeira, Amazonas (Brasil). Heriporã heopero O'ākohõ*.

*(Nuestra Señora del Sagrado Corazón).

Envíanos la imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de **tu localidad**, con datos de su historia y la publicaremos. Si quieres, **recorta y colecciona** las imágenes que aparecen cada mes. Detrás **llevarás su oración**.





Red Mundial de Oración del Papa. Diciembre.

Oremos para que los cristianos que viven en contextos de guerra o conflicto, especialmente en Medio Oriente, sean semillas de paz, reconciliación y esperanza.

Oración a Nuestra Señora del Sagrado Corazón

Acuérdate,
Nuestra Señora del Sagrado Corazón,
de las Maravillas que el Señor hizo en Ti.
Te eligió por Madre y te quiso junto a su Cruz.
Hoy te hace compartir su gloria y escucha tu súplica.
Ofrécele nuestras alabanzas y nuestra acción de gracias.
Preséntale nuestras peticiones (...)
Háznos vivir como Tú, en el Amor de tu Hijo,
para que venga a nosotros su Reino.
Conduce a todos los hombres
a la Fuente de agua viva que brota de su Corazón,
derramando sobre el mundo
la esperanza y la salvación, la justicia y la paz.
Mira nuestra confianza, atiende nuestra súplica
y muéstrate siempre Madre nuestra, amén.
Nuestra Señora del Sagrado Corazón,
Ruega por nosotros.

Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón
www.hermandadadmisinera.org



Son muchos los creyentes que echan de menos en su vida una manifestación de Dios, un acto o gesto de presencia que les confirme en la fe y les aliente para seguir creciendo en ella. Como también hay no creyentes que pueden descubrir o caer en la cuenta de que procedemos de Alguien que es nuestro Origen, la razón de nuestro existir y el Destino al que estamos orientados. Unos y otros, es decir, cualquiera de nosotros, estamos en lista de espera—si es que aún no lo hemos experimentado— para disfrutar de ese encuentro con Dios que es único y particular.

Para favorecer este encuentro, me viene a la memoria lo que le pasó a Moisés cuando no era más que un pastor que cuidaba el ganado de su suegro, habiendo sido antes personaje importante en Egipto y luego fugitivo debido a un conflicto que le hizo perder sus privilegios. Viene en el libro del Éxodo, en su capítulo tres, en donde se narra cómo Moisés resultó atraído por un fenómeno curioso: una zarza que ardía sin llegar a consumirse. Intrigado, se acercó al arbusto y en él se le manifestó quien se presentó como 'el Dios de sus antepasados', explicándole que le necesitaba para la importantísima misión de liberar a su pueblo cautivo en Egipto.



Dios se manifiesta

Por: P. José María Álvarez, msc

Hay aquí tema más que suficiente para hablar de muchas cosas, empezando por esa encomienda de liberación y todo lo que supondría para el pueblo judío, pero me quiero detener exclusivamente en las peculiaridades de esa manifestación divina, que nos ofrece detalles muy interesantes que conviene entender. Por ejemplo, el del fuego, elemento que en la Biblia sirve para describir de manera especial la naturaleza divina y una de sus formas de presencia. Fuego que purifica e ilumina, además de dar calor, romper la oscuridad y señalar el camino, como podemos observar en diferentes pasajes bíblicos.

Nos transmitirá que cuenta con nosotros para que hagamos algo que beneficiará a muchos. Y si esto sucede... conviene estar atentos a esa manifestación divina.

Otro detalle muy interesante es el de marcar lo que sería un 'espacio sagrado', ése en el que se manifiesta Dios, que requiere una determinada actitud del destinatario de esa presencia: «Descálzate, porque el terreno que pisas es sagrado», le dice Dios a Moisés (Ex 3,5). Y resulta que ese lugar, antes ordinario y desértico, ahora es especial porque lo ha enriquecido Dios con su presencia; y acceder a él supone

tener que despojarse de todo lo que pudiera contaminarlo. Para que comprendamos que acceder al ámbito divino nos obliga a despojarnos de lo que llevamos con nosotros y nos mancha o lastra. Lógicamente, Moisés le pregunta a Dios cómo ha de llamarlo, cuál es su nombre, porque entiende que a quienes va a dirigirse se lo preguntarán. Y aquí la explicación que Dios le da, «Yo soy el que es» (Ex 3,14), nos invita a hacer una profunda reflexión. Porque necesitamos comprender que Dios 'es', que es una realidad existencial que podemos apreciar, pero no 'controlar', ya que los creyentes de entonces suponían que conocer el nombre de un dios equivalía a poder controlarlo de alguna manera, ya que delimitaba sus capacidades. Pero quien se manifiesta a Moisés le deja claro que no se le puede conocer y abarcar en su grandeza y menos aún manipular. Dejando así abierta la puerta para que podamos reflexionar -si queremos- sobre todo aquello que nos propone el 'ser', la existencia misma en su esencia. Si la presencia de Dios puede intimidar, aún más lo hará la encomienda que puede proponer. Y a Moisés se le ha dicho que vuelva a Egipto, de donde huyó, y se enfrente al poderoso Faraón para que deje salir al pueblo cautivo. Por eso, es comprensible que Moisés se muestre reticente y exprese sus miedos, intentando rechazar la propuesta, arguyendo su torpeza en el hablar y su falta de recursos de autoridad. Lo que Dios suplirá recordándole que Él hablará por su boca y que además contará con la mediación de su hermano, Aarón, y del cayado que porta y con el que podrá incluso obrar prodigios (Ex 4,1-16).

De este relato, como dije, podemos sacar muchas conclusiones, pero a tenor de lo dicho al principio, lo de que cualquiera de nosotros y en cualquier momento podemos experimentar esta manifestación divina, conviene que nos quedemos con estas reflexiones: Dios se nos puede dar a conocer en cualquier momento, sin que importen nuestros merecimientos ni capacidades; captará nuestra atención con acontecimientos que nos suscitarán la reflexión; nos invitará a despojarnos de lo que nos 'contamina' y ata a rutinas; se nos mostrará no como 'algo' manipulable sino como una realidad que se amolda a nuestra existencia porque la fundamenta; y, por supuesto, nos transmitirá que cuenta con nosotros para que hagamos algo que beneficiará a muchos. Y si esto sucede... conviene estar atentos a esa manifestación divina.

Diciembre: EL DOLOR DE LA NAVIDAD

28 de diciembre: Santos inocentes

La Navidad siempre ha sido la fiesta de la alegría y, como todos los años, no faltan las iluminaciones, los festones de buenos deseos, alguna buena música que llega al corazón, una comida abundante, muchos regalos y, por qué no, también algunos buenos sentimientos. Sin embargo, los relatos de la Navidad y de la infancia de Jesús, tal como los encontramos en los Evangelios de Mateo y Lucas, no ocultan varios signos de tristeza, amargura y miedo. En los iconos dedicados a la Navidad, la escuela rusa de pintura de Nóvgorod del siglo XV siempre representó al niño Jesús en una cuna con forma de tumba de mármol. En realidad, son muchas las escenas de sufrimiento que giran en torno al niño Jesús. Ya la apertura del evangelio en la misa de Nochebuena es elocuente. El evangelista informa de un censo ordenado por César Augusto; las gentes sencillas, los súbditos son considerados por los poderosos como peones que se mueven aquí y allá en el tablero del mundo sin ningún respeto, incluso para saquearlos y subyugarlos. María y José, procedentes de Galilea, deben bajar trabajosamente a Judea, a Belén, para ser empadronados según la práctica censal en el lugar de origen de su tribu.

También serán significativas las primeras presencias en torno a Cristo, las de los pastores. Una vez más, se trata de los pobres sin hogar, personas consideradas impuras por el judaísmo oficial de la época, porque vivían en contacto con animales. Pero es precisamente a ellos a quienes se revela el Señor de los pobres y humildes, y es en su miseria y marginación donde florece la esperanza de la Navidad. Lucas escribe que María dio a luz a su hijo, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. Jesús, el Hijo de Dios, nace en una cabaña. La huida del niño Jesús a Egipto con sus padres es también un momento difícil y trágico, y une a la Sagrada Familia con los numerosos refugiados y desplazados de tantas regiones de la tierra. De nuevo, cuando Jesús es presentado en el Templo, el anciano Simeón tiene duras palabras para él y su madre: «Este está puesto para la caída y elevación de muchos en Israel... ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!» (Lc 2,34-35).

En estas notas de dolor se destaca el relato de la matanza de los inocentes. En ellos están representados todos los inocentes exterminados, cuyos nombres no constan en los archivos de la policía secreta ni



en los de Amnesty International, sino sólo en la memoria infinita de Dios. El verdadero inocente a los ojos del Padre es la criatura que no conoce la malicia, ni la falsedad y nadie es más inocente que un niño que se confía totalmente y amorosamente a sus padres. Sin embargo, la inocencia se mata desde el principio con la práctica del aborto, y para los que nacen sigue existiendo el gran riesgo de verla comprometida.

¿Qué sentido tiene hoy celebrar la Navidad ante imágenes de niños

desnutridos, en guerra o incluso muertos? ¿No es contradictorio celebrar con alegría un nacimiento cuando uno de cada cuatro niños de la Tierra no llega a la edad adulta? La respuesta a estas preguntas es que, a pesar de todo, el valor de la Navidad sigue intacto incluso hoy.

Acostumbrados como estamos a repetir que «el Verbo se hizo carne», corremos el riesgo de perder o domesticar el significado de este acontecimiento. Al asumir íntegramente la naturaleza humana, el Verbo no sólo se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado, sino que nos ofreció la posibilidad de injertar nuestra humanidad en su divinidad y renacer como partícipes de la vida divina. «Cristo», dice san Agustín, «nació para que renaciéramos a la vida de Dios; más aún, Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios» (Sermones 189). Los hombres antes de Cristo se preguntaban angustiados: ¿por qué el dolor? ¿Por qué la humillación? Pero Dios guardó silencio. Pero para los que creen en la Navidad, todo cambia. Dios habla. El hombre calla, ya no hace preguntas. Escucha el relato del acontecimiento lleno de dulzura divina y humana. Dios nace niño, Dios se hace historia, Dios se llama pesebre. Sufre con nosotros. No responde al porqué del dolor, sino que se ha hecho a sí mismo hombre de dolores. Ya no estamos solos en nuestra inmensa soledad. Él está con nosotros. Ya no somos solitarios, sino solidarios.

Por: Hno. Gianluca Pitzolu, msc

CAMINO DE LA ORACIÓN

8. El Dios al que rezamos(I)

Iniciamos un nuevo capítulo de este 'Camino de la oración' en el que te puedes parar a pensar si lo que haces es hablar o escuchar a Dios.

Entender a dónde nos quiere conducir nuestro Padre Dios mediante la excusa de la oración nos obliga a preguntarnos por Él, a reconsiderar la idea que de Él tenemos y las que nos surgen de la revelación bíblica y, en especial, de la enseñanza de Jesucristo.

El común de los orantes suele insistir en que Dios 'les escuche', como suponiendo que es necesario atraer su atención, o que se dirigen a un personaje separado de ellos por barreras de espacio o de tiempo. Es algo, indudablemente, fruto de esa concepción atrabiliaria de Dios propia del mundo de las viejas religiones o, peor aún, consecuencia lógica de la falta de conocimiento de lo que en realidad es el Dios al que nos dirigimos. Lo cierto es que la escucha del hombre por parte de Dios es algo totalmente natural, ya que Él es, por definición, la escucha, la atención, el cuidado, la comunión eterna, con todo lo que de Él proviene. Por eso, lo correcto sería más bien 'escuchar a Dios', pues es quien más tiene que decirnos y hacer de su comunicación y la nuestra esa comunión que Él espera. Pero no lo hacemos, además de por lo dicho antes, porque pesa demasiado en nosotros el interés por hacer más nuestro capricho que su voluntad. Y así acabamos perdiendo-

nos, no sólo la que es la mejor de las oraciones, el 'vivir la vida como oración', sino también el 'vivirla en comunión con quien es la Vida', como después analizaremos.

Y es que con la oración, ya que es un diálogo, nos pasa lo mismo que cuando hablamos con cualquiera. Tendemos a 'tomar una postura' de acuerdo con quien sea nuestro interlocutor, y por ello, si a Dios lo vemos como alguien externo a nosotros y distante, importante o preocupante, tenderemos a una determinada 'pose', e incluso a una tensión. Ambicionar o temer algo, suponer o recelar, son posturas posibles ante lo desconocido y llevan aparejada su dosis de inquietud. Por el contrario, si Dios es alguien más que conocido, que compren-



demos que está en nosotros y que la suya es una presencia que experimentamos lo mismo fuera que dentro, nuestra postura tenderá a ser relajada y gratificante. Pues no hay apariencia que mantener ni tampoco postura precautoria que adoptar, ya que todo es un coloquio de intimidad. Se mira 'hacia adentro' y se tiende a una posición de comodidad para escuchar gustosamente a quien tiene mucho que decirte y que lo hará, además, desde su corazón de Padre. Por ello se me ocurre que bien podríamos imaginar a Dios como una especie de cómodo sillón o butacón de esos sobre los que nos gusta reposar, haciendo una especie de simbiosis con él, buscando la placidez del descanso y el estímulo de nuestra adecuación a su cómoda estructura. Y, puestos a apurar la metáfora, un sillón de esos que vibran para aplicar al cuerpo el máximo de relajación.

Así entenderíamos lo que Dios quiere ser para el orante: un descanso, una relajación después de la fatiga o antes de ella, pero sobre todo una perfecta comunión de intenciones buscando lo mejor que uno pueda necesitar.

Y la oración, un dejarse llevar, un permanecer en calma y silencio, atento sólo a disfrutar de la vida que Dios nos ofrece: unas veces caricia, otra motivación, en ocasiones invitándonos a dormir y en otras a espabilar, pero siempre en situación de escucha, de aprendizaje permanente. Con la paz y el relax que sólo Dios y una correcta comunión con Él pueden procurar.

nuestros difuntos

- Henrita Sicking, MSC. Hiltrup. Alemania
- Higuera la Real. Badajoz
- Julián Carretero Rodríguez.
- Ángeles Martínez Brazo.
- Carmen Romero Márquez.
- Emilia Guerra Vázquez.
- Ana Garrido Pantojo.
- Carmen Rodríguez Giles.
- Remedios Godoy.
- M^a Carmen Álvarez Márquez.
- M^a Concepción Reguilón García.
- Puente Caldelas. Pontevedra
- Carmen Barrero Puerto. Sevilla

Ella es la Madre del niño que va a nacer



Haz tus
**PEDIDOS DE
NAVIDAD**
¡Regala devoción!



PLATA >>



Regala:

- 1.- Su imagen.
- 2.- Rosarios.
- 3.- Pulseras.
- 4.- Medallas.
- 5.- Lectura.

**Regala amor
a María y...**

*Debemos el don del Cielo
al amor del Corazón de Jesús. Este pensamiento nos llena
de la más consoladora esperanza.*
Julio Chevalier

*El niño que ahora nace es el portador
del Corazón de Jesús. Portador del Amor de
Dios que queremos llevar a todas partes.
Te deseamos que el año 2026 siga siendo
signo de Esperanza y de Amor.*

¡Feliz Navidad!



Navidad 2025
Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, España



Haz tus pedidos en el
Consulta el catálogo: **91 353 07 20**
www.hermanadmissionera.org

*Todos los beneficios van destinados a proyectos misioneros.

